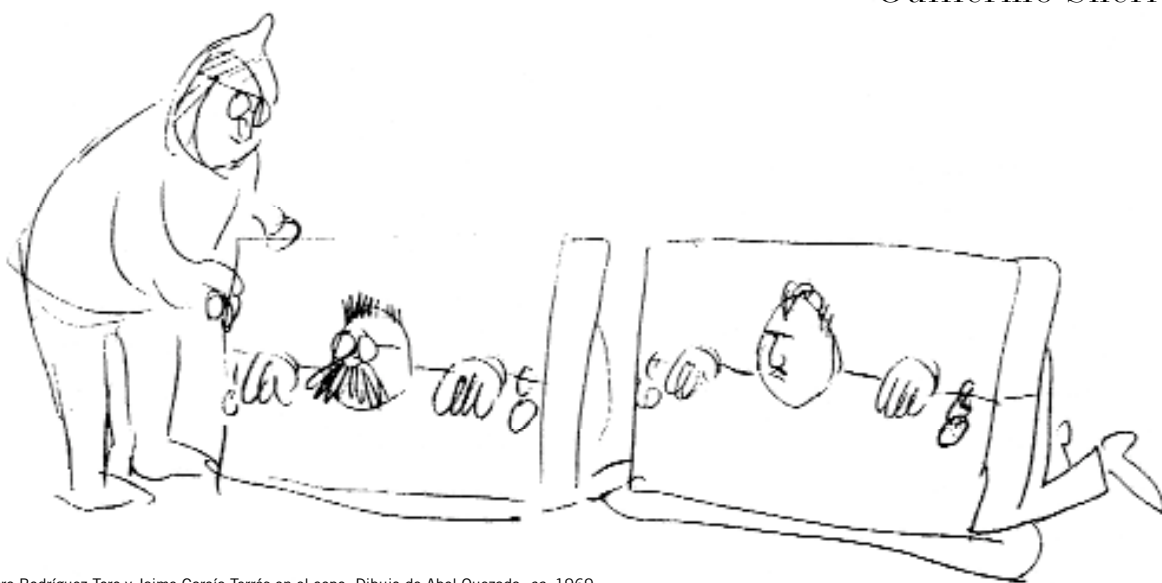


Quince minutos con Jaime García Terrés

Guillermo Sheridan



Hero Rodríguez Toro y Jaime García Terrés en el cepo. Dibujo de Abel Quezada, ca. 1969

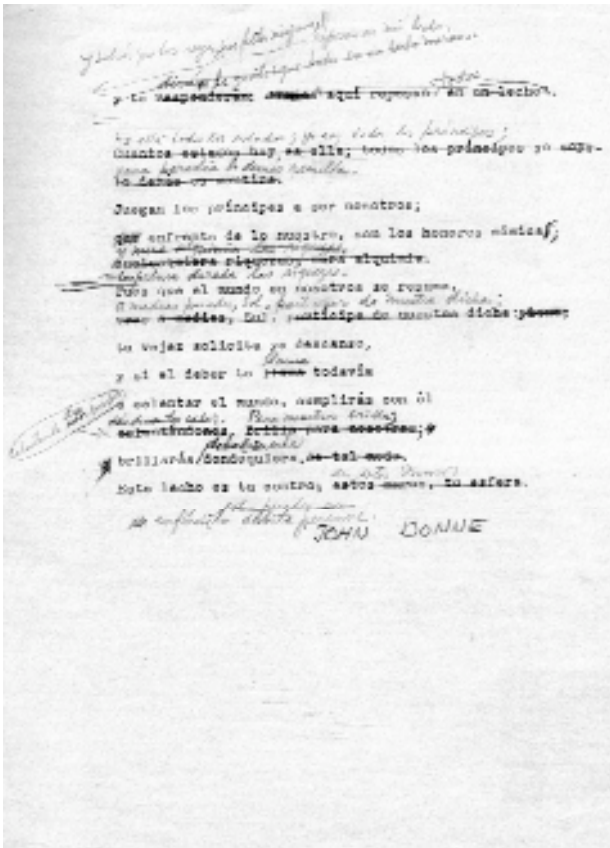
Mi trato con la obra literaria de don Jaime García Terrés fue asiduo y constante, pero en lo personal fue más bien limitado. Lo traté, si acaso, unos quince minutos, los quince minutos más gratos que he vivido como escritor.

Sucedió así: hace más de veinticinco años, el Instituto de Investigaciones Filológicas de nuestra Universidad me contrató para realizar una investigación sobre la revista literaria *Contemporáneos*. Cuando terminé, le llevé el resultado al director quien, sin siquiera mirarlo, me participó que el Instituto no lo publicaría. Pregunté qué hacer entonces y me dijo que nada, o que lo llevara a una editorial.

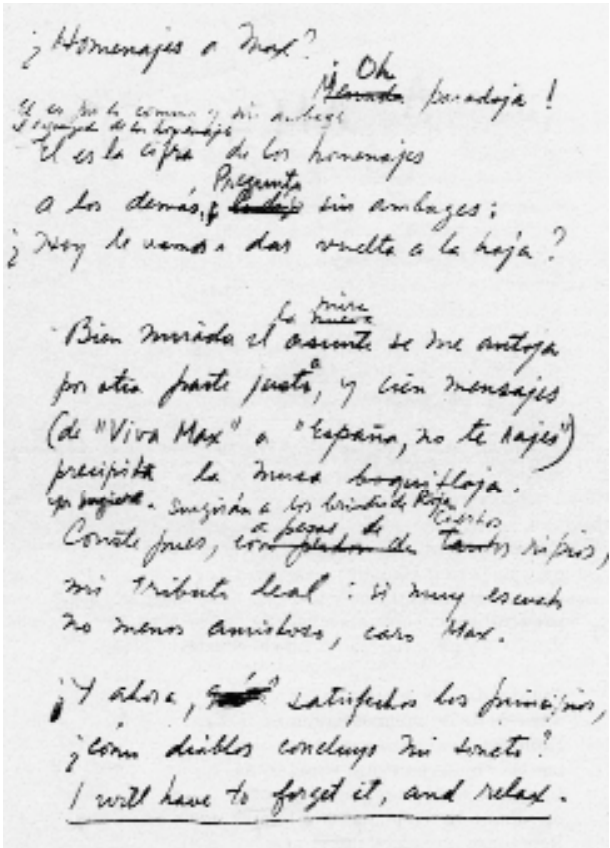
Profundamente desconcertado decidí, en un arrebato de vanidad osada, llevar el manuscrito al Fondo de Cultura Económica. Y ahí lo dejé, sobre el escritorio

del señor Ruelas, a que buscara su destino. Unos meses más tarde me dieron cita, llegué puntualmente y, luego de un rato, se me condujo a una oficina.

Yo no me había imaginado que iba a ver al director. Me habría preparado con alguna cita espectacular de Kavafis, o algo. Arrobadado y aterrado, me senté frente a don Jaime que, con la pipa en la boca, hojeaba el manuscrito, agazapado detrás de su trinchera de diccionarios y pruebas de imprenta. Como escribió Adolfo Castañón, en ese “bosque de libros y revistas, se erguía como roble frondoso su único morador”. La vasta presencia del poeta era, en verdad, intimidante. Nuestras respectivas timideces espesaron el aire, agravada la mía por la certidumbre de que vendrían enseguida las razones para rechazar el libro.



Borrador de un poema de García Terrés firmado como John Donne



Versos en broma dedicados a Max Aub

Pero don Jaime dijo que el libro estaba bien. Luego hizo un par de comentarios, como dice de él Alejandro Rossi, en su papel de “animador discretísimo de autores jóvenes”, y los hizo en efecto con “severidad benévola y paciencia frente a los errores del primerizo”. No obstante, el libro había merecido un dictamen aprobatorio y el Fondo iba a publicarlo. Me acercó un juego de contratos que firmé con el temblor de quien teme despeñarse de una fantasía. Luego me dijo que había elegido una vocación difícil. Asentí, pero no sin el alivio de que hubiese sido él quien me acababa de armar caballero en esa editorial por la que sentía devoción auténtica. Luego de unos momentos en los que ninguno dijo nada, me extendió la mano, hizo un laborioso gesto de levantarse y me señaló la salida. Sospecho que se estaba divirtiendo de lo lindo.

El espíritu de la escalera me reprochó no haber aprovechado la oportunidad de hablar un poco con él. ¿Y si le hubiera propuesto charlar un poco? ¿Si le hubiera preguntado cualquier cosa, aunque hubiese sido la tonta pregunta de si había leído todos los libros que poblaban su oficina?

Quizá me habría contestado:

Si no todos los libros
cuando menos
he leído decenas, cientos, mil,
y no lo digo, no,
por vanidad.
Muy al contrario:

después de tantos piélagos de letras
en el sistema vascular,
adquiere deberes máximos,
y apenas el derecho
mínimo
a preguntarse con delicadeza,
cuántas calladas horas
faltan aún para reconocer
el fruto verdadero,
los prístinos ecos de la lectura,
sazonados aprisa por un amanecer.

Y luego habríamos sonreído solidariamente y, con subrayada modestia, le habría dicho que la posibilidad de que mi libro llegase a estar entre esos miles era algo que me honraba. Y trastabillando un poco, le habría pedido que por favor perdonase mi confusión. Y entonces él me habría contestado:

Claro que yo también ando perdido
y llego a donde voy sin darme cuenta
(cosa peor: me desconcierto
cuando me piden datos personales
o me llaman a secas por mi nombre).
Claro que yo también me vuelvo loco
apenas especulo crudamente
sobre dos o tres problemas capitales.
Claro que yo también hago preguntas:
empiezo desde cero

y llego a donde voy con cinco ceros.
Soy uno más, otra garganta
O si prefieren, otro vientre.

Y yo, llamado a escándalo, hubiera dicho, “pero don Jaime, usted no es *uno más*, ¡usted es un poeta, un gran poeta!”.

Y entonces quizá me habría replicado:

¿Quién soy para dejar de ser lo que son todos,
para ya no pensar comunes pensamientos,
para salvarme de las trampas
por otros como yo dispuestas?
¿Quién soy para reírme del miedo general!
Todos entramos y salimos
a través de los mismos agujeros.
Habitamos en casas ganadas a la selva
por las manos paternas y maternas.
Crecemos en jardines cuyas plantas
arrullan a su modo nuestros huesos.
Repetimos umbrosos catecismos
y entre flores y preces olvidamos
la llama que nos tiende y nos recobra.
Nadie se libra de la ratonera
ni contra la remolda puede nada.
Ni yo, menos que nadie, me clareo.

Y entonces, ante el despliegue de humor inteligente y de la rica “versificación del intelecto”, me habría ofus-

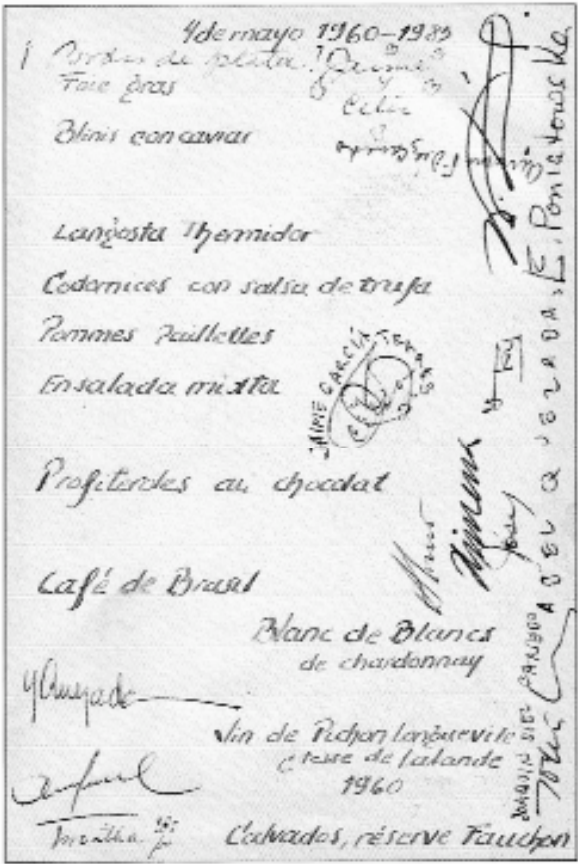
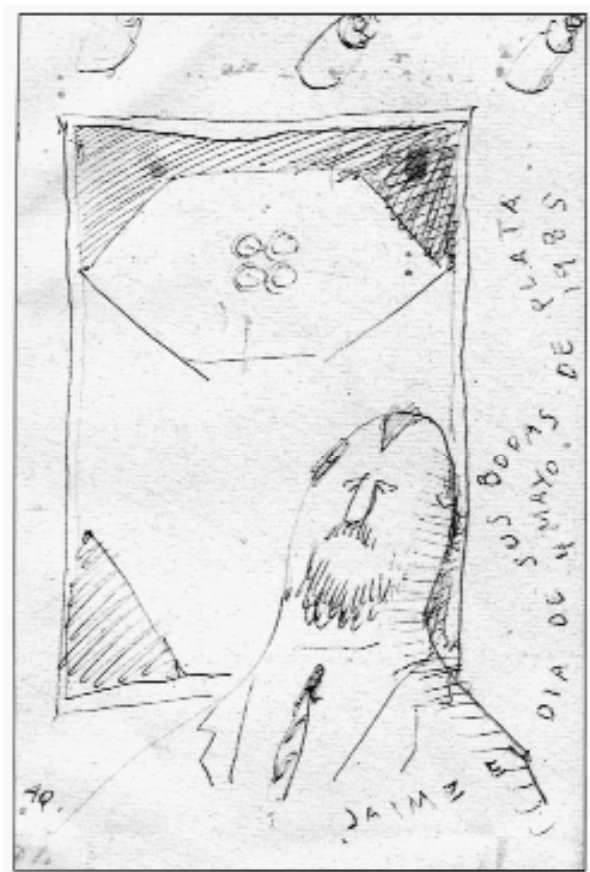
cado de nuevo y, para reponerme, habría sostenido que no, que un gran poeta siempre está en claro, y todo lo puede, sobre todo cuando, como en su caso, hay una obra realizada...

Y mientras reavivaba su pipa don Jaime habría dicho con sonrisa maliciosa:

El único peligro reside, según creo,
en la cruel importancia que mis versos
imparten a la nada y al sabor
puramente fugaz de toda cosa.
Bien está que perezcan las flores y los cantos.
¿Pero nosotros mismos? Hay algo de morbosos
en tal ofuscación agonizante.
A pesar de la cual
antipo futura resonancia
y multitudinarios homenajes.
Este pueblo, no sé, tiene raras manías:
los penachos de pluma, los caciques,
los ídolos barrocos y una terca,
maciza vocación para la muerte.

Y entonces yo habría asentido, dándomelas de profundo, y él habría dicho que la plática continuaría en otra ocasión y nos habríamos despedido como colegas y...

Pero ya era demasiado tarde. Mas, a pesar de haber dilapidado mi oportunidad, creo, cuando me subí al camión para volver a Ciudad Universitaria, que no había en el mundo muchos más contentos que yo.



"Jaime el día de sus bodas de plata, 4 de mayo de 1985". Caricatura de Abel Quezada. Al reverso firmas de algunos amigos en el menú